

le instruyeron causa al asesino. Así terminó el primer acto del gran drama, que debía llamarse despues la revolucion mexicana.

Al día siguiente por la mañana, despues de haber apretado afectuosamente la mano de Mr. L...., proseguimos D. Ruperto y yo nuestro camino para Tepic.

#### EL SOLDADO CUREÑO.

El camino de Guadalajara á Tepic, atraviesa la Sierra-Madre. En aquella cadena de montañas áridas, que sucesivamente terminan en picos agudos ó en ásperos desfiladeros, la guerra de independencia ha dejado imborrables recuerdos. Deseaba con la mayor impaciencia visitar aquella curiosa parte de México, y por su parte, el capitán D. Ruperto, deseaba encontrarse en los puntos de la Sierra, que le recordaban tantas escenas y tantas noches venturosas en su juventud: al desembocar en el llano de Santa Isabel, dos días despues de haber salido del pueblo de Ahuacatlan, fué cuando distinguimos en el horizonte los picos azulados de la cordillera. Desde aquel momento, y si-

Multáneamente, apresuramos el paso, y unas cuantas horas de camino por entre las elevadas yerbas, nos condujeron á poca distancia de las montañas á una cabaña formada de bejucos, que el capitán Ruperto me habia indicado con anticipacion, como un punto en donde debiamos descansar.

—¡Hola, Cureño! gritó el capitán, deteniendo su caballo delante de la cabaña, ¡hola! ¿está vd. muerto ó vivo?

—¿Quién me llama? preguntó una voz cascada desde el interior de la cabaña.

—El capitán Castaños, ¡con mil diablos! contestó el guerrillero; el que dió fuego al cañon que le sirvió vd. de *cureña* (1).

Una espantosa figura llegó arrastrándose hasta el umbral de la cabaña; era un viejo horriblemente contrahecho, y cuya espina dorsal parecia dislocada y torcida. El desgraciado caminaba arrastrándose. Contraídas por la vejez y por los padecimientos, sus facciones habian conservado, sin embargo, una expresion de nobleza y orgullo que me llamó la atencion. En su frente, continuamente inclinada hácia el

[1] De aquí se tomó el nombre que se dió al soldado que, en la guerra de independencia, desempeñó el papel singular de un hombre transformado en *cureña*.

suelo, surcada de profundas arrugas y de venas salientes, caían en desórden sus largos y blancos cabellos. En sus desnudos brazos aparecían como enroscadas unas venas tan gruesas, como los tallos de una yedra que ha envejecido, unida al tronco de una robusta encina. Al ver aquel extraño viejo, con su rostro arrugado, medio oculto con una espesa cabellera, semejante á una melena, cualquiera lo hubiera tomado por un leon decrépito, lastimado en el vigor de su edad por la bala del cazador.

--Y bien, mi valiente Cureño, dijo el guerrillero, cuánto gusto he recibido al encontrar vivo á uno de los buenos y antiguos amigos que han quedado de aquellos hermosos tiempos.

--Nuestras filas van disminuyendo, es verdad, contestó el viejo; trascurrirán algunos años y buscarán en vano á los primeros soldados de la independencia.

--¿Y la guanajuatena, no está aquí? preguntó Castaños.

--Estoy solo, contestó Cureño; hace un año que duerme en el sepulcro.

Y señalaba un tamarindo que crecía á algunos pasos de la cabaña.

--¡Dios haya tenido piedad de su alma!

dijo el capitán; pero confiesé Vd. que sus servicios han sido muy mal pagados.

--¿Qué mas puedo apetecer que un pedazo de tierra para vivir y enterrarme? contestó el viejo con la mayor simplicidad. ¿Acaso nos exponíamos antes á que nos rompiesen los huesos, con la esperanza de una recompensa? La posteridad recordará el nombre de Cureño, y eso basta.

La pregunta de D. Ruperto y la respuesta del anciano soldado, me hicieron adivinar que tenia ante mi vista á uno de esos hombres á quienes un fatal destino parece condenar al olvido, despues de haberlos sentenciado al sacrificio: ¿y qué clase de héroe desconocido era el que se hallaba en mi presencia? Lo ignoraba. Echamos pié á tierra en frente de la cabaña, en la que penetramos por un momento. Allí escuché, casi sin comprenderla, una conversacion que se refirió exclusivamente á los incidentes de la guerra contra los españoles. Desgraciadamente no tenia yo la clave de los hechos, que ambos interlocutores se recordaban mutuamente. Al cabo de media hora, poco mas ó menos, y teniendo que hacer una larga jornada para llegar á la venta, situada al pié de la Sierra-Madre, nos dispusimos para continuar nuestro camino.

—Tiene vd. un caballo muy vigoroso, me dijo el anciano, aproximándose al animal, en el momento en que colocaba yo el pié en el estribo.

Al ver aquel cuerpo deforme, que se arrastraba, por mejor decir hácia el caballo, éste se espantó y quiso encabritarse; pero al mismo tiempo el brazo de Cureño se alargó hácia él, y el caballo permaneció inmóvil, resollando con terror.

—¿Qué sucede? exclamé.

—Nada, contestó el viejo con su voz cascada; es que estoy conteniendo su caballo.

Me incliné, y ví en efecto con profundo asombro, que una de las piernas del caballo apretada por los dedos nerviosos de Cureño, se hallaba como unida al suelo por un lazo de hierro.

—¿Quiere vd. que lo suelte? me preguntó riéndose el atleta.

—Como vd. guste, contesté á aquel Milon de Crotona, porque ya veo que mi caballo no es el mas fuerte.

Apenas libre de aquella formidable tenaza, el animal dió un brinco hácia un lado con espanto, y me costó muchísimo trabajo conducirlo al frente de la cabaña.

—¡Ay! dijo el viejo suspirando, desde el día en que dió fuego D. Ruperto, que

se halla presente, á cierto cañon, voy decayendo cada dia mas.

—¿Qué era vd. en su juventud, señor Cureño? le pregunté.

—Castaños se lo dirá á vd., contestó el viejo soldado, del que nos despedimos despues de haberle ofrecido el capitan que á su vuelta pasaria todo un dia en su cabaña.

Despues de habernos separado de aquel singular anacoreta, continuamos nuestro camino en direccion de la Sierra-Madre, cuyas cumbres, rocas y agudos picos, saliendo de entre la niebla, comenzaban á mostrar sus senderos cismosos, sus lados destrozados y sus profundos abismos. No tardamos en entrar en la sombra que proyectaban aquellas gigantescas trincheras, mientras que á considerable distancia, detras de nosotros, los últimos rayos del sol doraban las cimas de Tequila. Entonces fué cuando el capitan me mostró con el dedo en lo alto de una plataforma de la sierra, á cuyo pié rodaban perczosamente grandes grupos de nubes, un pequeño edificio cuadrado, que parecia un aerólito, caido del cielo en aquellas alturas. Aquella especie de fortaleza aislada era la *venta*, en la cual debiamos dormir.

Hicimos alto al pié de la inmensa ca

dena de montañas para que tomase el resuello nuestros caballos antes de subir; y pocos momentos despues, á la luz incierta del crepúsculo, proseguimos nuestra marcha. Habíamos contado con la luna para que alumbrase nuestros pasos, y la luna no tardó en aparecer, arrojando su pálida luz en el sendero que seguíamos, y que describiendo caprichosos rodeos al pié de las peladas rocas, ó á la orilla de los profundos precipicios, conducia á la venta. Dos horas de penosos esfuerzos nos fueron suficientes para llegar á la plataforma, que de lejos parecia tan estrecha, y que de cerca era un llano inmenso, dominado por una cadena de montañas, á las que se sobreponia una gigantesca gradería de colina. En cuanto á la venta, era como todas las de México, una casa blanca con pilares que formaban un portal, y cubierta con tejas encarnadas. Edificada en la orilla de la plataforma, dominaba el camino que acabábamos de recorrer, y ademas un paisaje inmenso como el que debe abrazar el águila cuando se mece entre las nubes.

Algunos arrieros nos habian precedido y se hallaban en la posada; distinguíanse las hogueras de su campamento y sus mulas atadas consumian su racion de ceba-

da. En el portal de la venta dormían en el suelo una docena de indios, al lado de una carroza maciza, cuya caja se hallaba separada del juego: desmontados de esta manera, y en hombros, es como los carruajes pueden atravesar solamente la Sierra-Madre. Aquel coche y los indios, anunciaban la presencia de algunos viajeros en la venta: supimos, en efecto, que uno de los diputados del Estado de Sinaloa al congreso de México, acababa de detenerse con su familia, viniendo de Tepic, adonde nos dirigimos el capitán y yo.

Mientras D. Ruperto, que se habia encargado de mandar disponer la cena, desempeñaba su comision, yo me senté en el portal de la posada, desde donde la vista podia penetrar fácilmente hasta las gargantas de la sierra. La luna, con su luz pálida, alumbraba aquellas agrestes propiedades, de cuyo seno subian lentamente los vapores de la noche. Por todas partes en los alrededores, se descubrian colinas sobrepuestas, rocas destrozadas ó hendidas, como por efecto de volcanes apagados, y mas adelante se perdía la vista en inmensos llanos, en los cuales se entrelazaban hasta el infinito las ramificaciones de las sierras inferiores. La llegada del capitán que iba á anunciarme la cena, pu-

do solamente arrancarme de la contemplacion de aquellas grandes perspectivas. Los dos cenamos con el mayor gusto la frugal comida que nos sirvieron. D. Ruperto me propuso en seguida que fuésemos á respirar el aire libre fuera de la posada, y yo acepté su proposicion con toda mi voluntad. Nos encontrábamnos apenas al extremo de un sendero, cubierto de enormes plantas, cuando el capitán se detuvo repentinamente, y me mostró la tierra con la mano: á nuestros piés se encontraba, medio sepultado en el suelo por su propio peso, uno de aquellos cañones que los insurgentes habian conducido arrastrando desde las orillas del océano Pacífico hasta los límites del Estado de Jalisco. El guerrillero se sentó en el cañon, invitándome á que lo hiciese á su lado. El cielo de un color azul oscuro, se hallaba en aquel momento sembrado de innumerables estrellas; la brisa que corria era tibia; delante de la venta y alrededor de las hogueras, los arrieros cantaban sus inocentes canciones; el sonido de las campanillas de las mulas llegaba á mis oidos, mezclado con el de las cuerdas de una guitarra; los perros de guardia respondian con quejosos ladridos á los ruidos vagos y lejanos que condu-

cian las brisas de la noche. Conduciéndome á aquel lugar retirado, el capitán me dijo que juzgaba conveniente aquella hora para continuar la relacion de sus aventuras militares: yo me apresuré á contestarle que era de su misma opinion, y alentado de esta manera D. Ruperto, comenzó una larga relacion, que escuché sin interrumpirlo, sentado á su lado en el enmohecido cañon, á cuyo derredor las plantas enormes de yerba buena silvestre entrelazaba sus ramas vigorosas, derramando penetrantes perfumes.

## I.

## EL VOLADERO.

La ejecucion de Hidalgo y de sus principales compañeros de armas, me dijo el capitán, termina lo que puede llamarse el primer período de la guerra de independencia. Desde aquel momento cambió la escena completamente: en lugar de masas indisciplinadas, llegaron á ocupar el teatro de la guerra algunas bandas bien organizadas, reducidas á límites mas estrechos. Auxiliados por un corto número de soldados aguerridos, los movimientos de los nuevos jefes de la insurreccion